

LA CULTURA LITERARIA DEL CLERO VISIGODO

II

Pero la correspondencia de San Braulio, en que se manifiesta más ese anhelo por ensanchar la cultura, es la que sostuvo con San Isidoro, como veremos luego. El gran arzobispo de Sevilla es la figura de mayor relieve, no sólo en los tiempos visigodos, sino de toda nuestra Edad Media.

Educado por su hermano Leandro en la piiedad y en las letras, no perdonó medio alguno para alimentar su inteligencia. Desde luego logró formar una Biblioteca extraordinaria para aquellos tiempos. En varios códices medievales se conservan unos versos, que se dice haber puesto él mismo a la entrada. Se duda que salieran efectivamente de su pluma (1); pero, aunque no fueran suyos y los redactara otro personaje contemporáneo, reflejan ciertamente con exactitud lo que Isidoro había logrado reunir a fuerza de trabajos. Dicen entre otras cosas:

Hay aquí muchos volúmenes sagrados, muchos mundanos.
Si te agradan los versos de éstos, cógelos y léelos.
Tienes ante tus ojos, prados llenos de espinas y abundantes en flores.
Si no quieres coger espinas, corta rosas. (2)

A continuación se enumeran las obras que encerraban los armarios, con un elogio de sus autores. La lista de la Biblioteca Isidoriana es abundante, pero manca. Mucho más completa es la formada por los PP. Arévalo (3) y Tailhan, S. J. (4), que han procurado rehacerla, apoyándose en las citas del mismo Santo.

(1) Migne, *PL.*, tomo 81, col. 574.

(2) *Ibid.*, tomo 83, col. 1.107.

(3) S. Isidori *opera omnia*, Roma, tomo VII, 1803, pág. 179.

(4) *Appendice sur les bibliothèques espagnoles du haut Moyen-Age* (Ch. CAHIER, *Nouveaux Mélanges d'archéologie, d'histoire et de littérature sur le Moyen-Age*. Série III, vol. 4, 1877, pág. 214.)

Según sus investigaciones, la Teología estaba representada en ella por las Sagradas Escrituras, las obras de Orígenes, Tertuliano, San Cipriano, las Recogniciones del Pseudo-Clemente, Lactancio, Victorino, San Atanasio, Sán Hilario de Poitiers, San Basilio, San Gregorio Nacienceno, San Jerónimo, San Epifanio, Rufino, San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Cirilo de Alejandría, San León y San Gregorio Magno. De filosofía había Aristóteles, Platón y la traducción de Porfirio hecha por Boecio; de ciencias, Arato, Higinio, Solín, Plinio, Suetonio, etc.; de gramática y retórica, Cicerón, Quintiliano, Prisciano, Donato, Sérvio, Victorino, Velio Longo, Carisio, etc.; de oratoria, Demóstenes y Cicerón; de derecho, Cayo, Ulpiano, Paulo, el Código Teodosiano, etc.; de medicina, Celio Aureliano; de historia, Salustio, Tito Livio, Suetonio, Justino, Julio Africano, Hegesipo, Eusebio, Pablo Orosio, San Agustín, etc.; de poesía, Ata, Cinna, Draconcio, Horacio, Juvenal, Juvenco, Lucano, Lucrecio, Marcial, Quinto Enio, Ovidio, Persio, Plauto, Pomponio, Proba Falconia, Terencio y Virgilio; de arquitectura, Vitrubio, etc.

Esta lista da una idea de lo que debía de ser la Biblioteca Isidóriana. Aun no se ha hecho el trabajo definitivo sobre ella; pero el que lo emprendiera tendría también que estudiar al mismo tiempo lo que conoció San Isidoro en su forma original, y lo que conoció sólo por referencias o fuentes secundarias.

Que no fué un mero coleccionador de libros, sino que los leyó y utilizó todos, lo demuestran sus obras. Poseemos dos catálogos de ellas, uno debido a San Ildefonso y otro a su íntimo amigo, Braulio. El más completo es el de este último, que lo compuso apenas Isidoro bajó al sepulcro, el 4 de abril del año 636. En él se reseñan diecisiete obras (1), donde se trata de todas las ciencias que entonces se sabían. No hay argumento, por difícil que sea, que no lo abordara el gran arzobispo de Sevilla. Sobre Escritura escribió cuatro tratados, a saber: La *Introducción al Viejo y Nuevo Testamento*, una corta *Biografía de los Santos de ambos Testamentos*, la *Aclaración alegórica de algunos nombres y pasajes de la Sagrada Escritura*, y otra obra, parecida a ésta, que tituló *Dos Libros de cuestiones sobre el Antiguo Testamento*. Sobre Teología nos dejó otros cuatro trabajos: un *Libro acerca de las herejías*, tres de *Sentencias*, donde ha-

(1) MIGNE, PL., tomo 81, cols. 15-18.

bla de Dios, de los ángeles, del hombre, del alma, de Cristo, etc., dos en *Defensa de la Fe Católica contra los judíos*, y otros dos de *Sinónimos o Lamentaciones*, que tienden a excitar a la penitencia. A liturgia y arqueología se refieren los dos *Libros de los Oficios Eclesiásticos*. Sobre ascética y mística tratan su *Regla Monástica* y la *Explicación de los números 1 a 60*. En el campo histórico son bien conocidas su *Crónica Universal* y su *Historia de los Godos, Vándalos y Suevos*. A la cosmografía pertenece el tratado de la *Naturaleza de las cosas*, escrito por él a ruegos del Rey Sisebuto. Isidoro fué el primero que ensayó entre nosotros una Historia de la Literatura, en su tratado *De los Varones ilustres* o de los *Escritores Eclesiásticos*, siguiendo el ejemplo de San Jerónimo y Genadio; sus dos *Libros de la diferencia de las palabras* son una especie de Diccionario filológico y dogmático a la vez. Pero donde reunió todo su saber y toda su cultura, fué en sus *Veinte Libros sobre las Etimologías*. Es una enciclopedia de cuanto se sabía en su tiempo. A la exposición del asunto precede siempre el significado de la palabra. De ahí nació el título de la obra, *ETIMOLOGÍAS*.

La idea del trabajo se la dió Braulio, como asegura él mismo. Es una lástima que no se conserven más que seis cartas de San Isidoro a su amigo y dos solamente de éste a aquél, porque hubiéramos podido enterarnos más extensamente por ellas, de la íntima comunicación que hubo entre los dos. En las que nos quedan, se echa de ver el afán que ambos tenían por fomentar la cultura, pues apenas hay una en que no se hable de un cambio de manuscritos. En la primera le dice Isidoro que le envía el *Libro de los Sinónimos*, y le pide en cambio *decadem sextam Sancti Augustini*, o sea el Comentario de los Salmos 51 hasta el 60 del obispo de Hipona (1); en la segunda le anuncia la expedición del *Cuaderno de las Reglas* (2). Pero San Braulio no se contenta con eso. Lo que él quería eran sus *Etimologías*. «Te ruego, escribe, y con mucha instancia te pido, que me remitas el *Libro de las Etimologías*, que, según oigo, has acabado, a Dios gracias. Acuérdate de las promesas. Además, no olvides que en la fatigosa composición de la obra te he ayudado yo no poco con mis estímulos. Tengo, pues, derecho a recibir el primer ejem-

(1) *España Sagrada*, tomo 30, pág. 319.

(2) *Ibid.*, pág. 320.

plar» (1). Isidoro no debió apresurarse mucho a satisfacer los deseos de su amigo, pues al cabo de no poco tiempo insiste éste en la petición con estas palabras: «Hace ya siete años, si mal no recuerdo, que te vengo pidiendo los *Libros de las Etimologías*, y has ido dando largas al asunto con diversos pretextos, diciendo, ora que no estaban terminados, ora que no estaban copiados, ora que se habían perdido mis cartas, y de esta suerte hemos llegado hasta el día de hoy sin conseguir yo nada. Voy a tener que convertir los ruegos en queja, a fin de obtener con querellas lo que no puedo alcanzar con súplicas. Muchas veces suelen aprovechar a los mendigos las voces. ¿Por qué no me das lo que te pido? Pues no te dejaré de importunar, no sea que mi silencio te haga creer que desisto de mi empeño... Piensa que no tienes derecho a retener escondidos tus talentos, ni a esquivar la distribución de los alimentos que se te han confiado. Abre tu mano, reparte tus bienes entre los necesitados, para que no perezcan de hambre....» Un poco después vuelve a insistir en la misma idea, y añade: «Sé que andan ya por ahí los *Libros de las Etimologías*, aunque mancos e incorrectos. Te suplico ardientemente que me los envies transcritos íntegramente, enmendados y bien compuestos, no sea que el gran deseo que tengo de poseerlos, me lleve a hacerme con uno de esos ejemplares malos, y tome por bueno lo que es vicioso (2).

Ante una insistencia tan constante y amistosa, que duró siete años, no tuvo Isidoro más remedio que ceder. La carta en que le anuncia el envío de las *Etimologías* la puso en romance hacia 1444 el Bachiller Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera. Esta traducción, que se conserva inédita en un manuscrito de El Escorial y otro de la Biblioteca Nacional, dice así:

«Al mi Señor e siervo de Dios Braulio, Arzobispo de Zaragoza, yo Isidoro me encomiendo. Recibí en la çibdad de Toledo las letras que me enbió la tu Santidad, ca auña partido para ir al concilio; e como quier que el mandamiento del Rey me amonestaba a tornar del camino, empero porque estaba açerca del concilio, non quise atajar el camino, e llegué despues al Rey [e encontré] otro diacono con él, e rescibí tus letras dél, e abraçelas, e leyelas, e fize gracias a Dios de

(1) *España Sagrada*, tomo 30, pág. 321.

(2) *Ibid.*, págs. 322-326.

tu salud, ca he gran deseo de te ver: e aunque so flaco, e cansado, e fiuza he en el Señor muy alto de te poder ver en aquesta vida, ca non es confondida la esperança por la caridad que es derramada en los nuestros corazones. E desde el camino fize tomar el libro de las Etymologías con otros libros sin enmendar, por non auer auido vagar; e auía entención de lo embiar agora a ty a enmendar, si non fuera llamado al concilio. E non me parece que conviene para obispo de la cibdad de Zaragoza (1) aquel que pides, por que non plaçe al Rey, e aun él non sabe bien quien conuerná para esa dignidad, e ruégote que ores al Señor por mis pecados, porque alcançe perdón por la tu oración, e esta epístola va escrita de mi mano. Ora por mí, Señor hermano bienaventurado.» (2).

Un poco más tarde vuelve a escribirle: «A mi Señor y siervo, el Obispo Braulio, Isidoro.—Te he enviado, como te prometí, la obra acerca del Origen de algunas cosas, compuesta con los recuerdos de lecturas antiguas y anotada en ciertos pasajes. He procurado acomodarme en todo al estilo de nuestros mayores.» (3).

No ha llegado hasta nosotros la carta de Braulio en que le daría las gracias por un regalo tan valioso y que con tanto ahínco había buscado; pero lo cierto es que las Etimologías han pasado a la posteridad en dos redacciones bastante diferentes entre sí, una la divulgada antes de la que se mandó a San Braulio, y otra, que es la mejor, la corregida por éste. De ella se conserva un códice famoso toledano en la Biblioteca Nacional de Madrid, reproducido en fototipia el año 1909, en la colección que publica el bibliotecario de la Universidad de Leiden, Scatone de Vries, con un prólogo de Beer (4).

Las Etimologías son un arsenal de sabiduría, en el que recogió San Isidoro cuanto se conocía en su tiempo. «Son, como dice Menéndez Pelayo, milagro de erudición para aquella edad, y ni Casiodoro, ni el venerable Beda, ni Alcuino, ni Rabano Mauro las igualan. Porque allí disertó el obispo sevillano de la disciplina y del arte, de las siete enseñanzas liberales, de la gramática y de la métrica, de la

(1) El original dice Tarragona.

(2) Biblioteca Nacional, Manuscrito 1178, fol. 50 v. En la transcripción sólo he añadido los acentos.—En *España Sagrada*, tomo 30, pág. 326 está el texto latino.

(3) *Ibid.*, pág. 327.

(4) *Isidori Etymologiae. Codex toletanus (nunc Matritensis) 15, 8 phototypice editus. Praefatus est RUDOLPHUS BEER.* Lugduni Batavorum, 1909.

fábula y de la historia, de la retórica y de la dialéctica, de las ciencias matemáticas y de la música, de la medicina y de las leyes, de las bibliotecas y su régimen, de la disciplina eclesiástica, de la teología, de la Escritura, y de las reglas monacales, de las sectas heréticas y de las supersticiones gentílicas, de las lenguas y de los alfabetos, del mundo y de sus partes, de los átomos y elementos, de los fenómenos meteorológicos, de las piedras y de los metales, del arte militar y de las máquinas de guerra, y, finalmente, de la arquitectura, de la construcción naval, de las artes suntuarias, de los instrumentos domésticos y rústicos, y hasta de los vestidos y manjares; en suma, desde el cedro hasta el hisopo.» (1).

Ideas propias contiene pocas, «pero, ¿qué importa—añade Menéndez Pelayo—que San Isidoro carezca de originalidad y lo deba casi todo a su inmensa lectura? Ni él quiso inventar ni podía hacerlo. Colocado entre una sociedad agonizante y moribunda, y todavía infantil y semi-salvaje, pobre de artes y de toda ciencia, y afeada además con toda suerte de escorias y herrumbres bárbaras, su grande empresa debía ser transmitir a la segunda de estas sociedades la herencia de la primera. Esto hizo, y por ello merece cuantos elogios caben en lengua humana, más que si hubiera excogitado peregrinos sistemas filosóficos, más que si hubiera asombrado con la audacia y el brío de sus inspiraciones.» (2).

No obstante su falta de originalidad, pocos escritos alcanzaron tan grande difusión, como la obra del Santo Doctor, ni ejercieron en la cultura de nuestra patria y de todo el Occidente tan poderosa influencia. Durante gran parte de la Edad Media sirvió de libro de texto a eclesiásticos y seglares. Rabano Mauro la copió casi a la letra en su libro *De Universo*, especie de enciclopedia, compuesta el año 844, y Juan de Salisbury, en el siglo XII, no sólo la utilizó abundantemente, sino que quería que en las clases se aprendiesen de memoria sus definiciones. «Por siglos y siglos—continúa Menéndez Pelayo—fué San Isidoro el grito de guerra de la ciencia española. Nuestra particular liturgia, más que gótica, más que muzárabe, se llama *isidoriana*, aunque sus orígenes se remonten hasta los varones apostólicos. *Isidoriana* se llamó la letra de nuestros códices, hasta que los cluna-

(1) MENÉNDEZ PELAYO. *Estudios de critica literaria*, I, Madrid, 1883. *San Isidoro*, página 154.

(2) *Ibid.*, pág. 147.

cienses introdujeron la francesa. Con retazos del manto regio de San Isidoro se vistieron y arrearon todos los próceres de nuestra Iglesia. Los libros isidorianos fueron enseñanza asidua en los atrios episcopales y en los monasterios. San Braulio ordenó las *Etimologías*, Tajo imitó las *Sentencias*, San Ildefonso el torrente y la copia de *Sínonímos*, San Valerio las visiones alegóricas, San Julián todo. A San Isidoro invocaron los Sínodos toledanos. Por la fe y por la ciencia de San Isidoro, *beatus et lumen noster Isidorus*, como decía Alvaro Cordobés, escribieron y murieron heroicamente los muzárabes andaluces. Arroyuelos derivados de aquella inexhausta fuente son la escuela del Abad *Spera in Deo* y el Apologético del Abad Sansón. A San Isidoro falsifica en apoyo de su herética tesis el arzobispo Eliando, y con armas de la panoplia de San Isidoro, esgrimidas con dureza de brazo cántabro, trituran y deshacen sus errores nuestros grandes controversistas Heterio y San Beato de Liébana. Los historiadores de la Reconquista calcan servilmente las formas del Cronicon Isidoriano. Y finalmente aquella ciencia española, luz eminente de un siglo bárbaro, esparce sus rayos desde la cumbre del alto Pirineo sobre otro pueblo más inculto todavía; y la semilla isidorianamente cultivada por Alcuino es árbol frondosísimo en la corte de Carlo Magno, y provoca allí una especie de renacimiento literario, cuya gloria se ha querido atribuir exclusiva e injustamente a los monjes de las escuelas irlandesas. Bien podemos envanecernos los españoles de contar entre nuestros esclarecidos ascendientes al egregio Doctor en quien se compendian todas las glorias de la edad visigótica, así como, llenos de entusiasmo ante su grandeza literaria, podemos repetir también aquel hermoso himno que en honor de San Isidoro entonó su discípulo San Braulio. «Tú diste luz a los anales de la patria, tú a la cronología, tú a los oficios eclesiásticos y a las costumbres públicas y domésticas, tú a la situación de las regiones y ciudades, tú, finalmente, a las cosas divinas y humanas.» (1).

Un hombre que pasó toda su vida entre códices y mamotretos, parece que debía ser seco y adusto, ensimismado, insensible a los latidos del corazón. Pues nada de eso. Precisamente una de las notas más simpáticas de la comunicación espiritual entre Isidoro y Braulio es el sello de ternura que en ella pusieron.

(1) MENÉNDEZ PELAYO. *Estudios de crítica literaria*, I, Madrid, 1883. *San Isidoro*, página 158.

En cierta ocasión escribe Isidoro a su amigo: «Ya que no puedo gozar de ti con los ojos de la carne, te gozaré a través de las palabras. Las cartas me proporcionarán el consuelo de saber que está bien aquél a quien tanto deseo abrazar. A mí me gustarían las dos cosas; pero, puesto que es imposible verte con los ojos del cuerpo, me regocijaré en tenerte presente con los del alma. Ruega por mí, pobre y miserable, porque sufro mucho espiritual y corporalmente.

Ayúdame en ambas enfermedades, pues de mí nada puedo; y no dejes de escribirme siempre que se ofrezca ocasión» (1).

Todavía es más tierna, si cabe, la siguiente carta: «A mi amadísimo y queridísimo hijo Braulio, Isidoro. ¡Queridísimo hijo! Al recibir las cartas de tu amigo, abrázalas con efusión como si fuera él mismo. El único consuelo que queda a los que están ausentes es abrazar y besar las cartas de aquél a quien se ama. En testimonio de cariño te envío un anillo y un pañuelo que han de servir de lazo a nuestra amistad. Pide por mí. ¡Ojalá te inspire Dios el que vengas a verme en vida, a fin de que alegres con tu presencia al que tanto has entrustecido con tu ausencia! Te envío por medio del Arcipreste Maurencio el *Cuaderno de las Reglas*. En fin, dame noticias de tu salud, amantísimo dueño y queridísimo hijo» (2).

A esta carta responde Braulio: «A Isidoro, Señor mío, electo Obispo, el primero entre todos, Braulio, siervo inútil entre los Santos. ¡Oh piadoso dueño mío, el más ilustre entre los hombres! No he podido escribirte antes porque el agobio de mis culpas y la animosidad de otros me han quitado las ganas de todo, haciéndome completamente estéril. A ti acudo hoy como si despertara de un sueño, después de haber sido triturado con mil penas y angustias, con el cuerpo y el espíritu anodados, rogándote por Dios que no me abandones jamás. Bien sabe el Señor la pena que siento por llevar tanto tiempo sin verte. Pero espero en Aquél que es todo misericordia, que oirá las súplicas de este pobre y me concederá poderte abrazar... Dios te guarde muchos años para bien de tu Iglesia, y ojalá pueda yo gozar pronto de ti, luz ardiente e inextinguible» (3).

Un día llegó a Sevilla el correo en el preciso momento en que Isidoro había sido llamado por el Rey. Lo que le sucedió, lo cuenta el

(1) *Esp. Sagr.* tomo 30, pág. 318

(2) *Ibid.* pág. 320.

(3) *Ibid.*, pág. 320.

Santo a su amigo con una sencillez encantadora. «Verás, le dice, lo que me ha pasado por mis pecados. No he sido digno de leer tus letras, porque apenas recibí tu esquila, se presentó en mi aposento un criado del Rey, y se la dí a mi camarero. Fuí en seguida a ver al Príncipe con el deseo de terminar cuanto antes y volver a casa para leer tu carta y contestarla. Pero al tornar de Palacio, no sólo no encontré tu escrito, sino que hallé que con él habían desaparecido los regalos que me enviabas. Dios sólo sabe lo que lloré por no poder leer tu epístola. Por Dios, escríbeme en la primera ocasión que se ofrezca. No me dejes sin tus letras. Haz que reciba de nuevo lo que perdí por mis delitos. Ruega por mí. Te escribo de mi propio puño» (1).

Para concluir con esta idea, citaremos estos breves renglones llenos de ternura: «Braulio, escribe Isidoro, no te puedes figurar el ansia que tengo de ver tu rostro. ¡Oh si Dios me lo concediera antes de morir! Pídele mucho que satisfaga mis deseos y que nos junte a los dos en la eterna bienaventuranza. Ruega por mí, queridísimo dueño y hermano mío» (2).

Si no lo leyéramos con nuestros ojos nos parecería incríble que dos hombres engolfados en la ciencia y con las preocupaciones que lleva de suyo consigo el gobierno de la Iglesia, conservaran tan verdes y lozanos los sentimientos del alma y tuvieran tanta necesidad de darles algún alivio. Es que al corazón no se le puede matar, y late con la misma intensidad bajo la corteza ruda del campesino que en medio de las abstracciones del sabio.

* * *

Otro sentimiento muy particular a los visigodos fué el amor a la patria. El compendio de todo el cariño que por España sentían aquellos hombres está condensado en el admirable prólogo que San Isidoro puso a la *Historia de los Godos, Vándalos y Suevos*. Dice así traducido al castellano:

»¡Oh España! Eres la más hermosa de todas las tierras que se extienden del Occidente a la India; tierra bendita y feliz en tus príncipes, madre de muchos pueblos. Eres la reina de todas las provincias. De ti reciben luz el Oriente y Occidente. Tú, honra y prez de todo el

Esp. Sagr. tomo 30, pág. 322.

(2) Ibid., pág. 327.

orbe; tú, la porción más ilustre del globo. En tu suelo florece con exuberancia la fecundidad gloriosa del pueblo gético.

»La pródiga naturaleza te ha dotado de toda clase de frutos. Eres rica en vacas, llena de fuerza, alegre en meses. Te vistes con espiñas, recibes sombra de olivos, te ciñes con vides. Eres florida en tus campos, frondosa en tus montes, llena de pesca en tus playas. No hay en el mundo región mejor situada. Ni te tuesta el ardor del sol estivo, ni te hiela el rigor del invierno, sino que, circundada por un ambiente templado, estás alimentada por blandos céfiros. Cuanto hay de fecundo en los campos, de precioso en los metales, de hermoso y útil en los animales, lo produces tú. Tus ríos no van en zaga a los más famosos del orbe. Ni Alfeo iguala tus caballos, ni Clitumno tus rebaños, aunque el sagrado Alfeo, coronado de olímpicas palmas, dirija por los espacios sus veloces cuadrigas, y aunque Clitumno inmolara antigua-mente en víctimas capitolinas ingentes animales. No ambicionas los es- pesos bosques de Etruria, ni admirás los plantíos de palmas de Molor-co, ni envidias los carros alados, confiada en tus corceles. Eres fecunda por tus ríos y amarilla por tus torrentes auríferos: fuente de hermosa raza caballar. Tus vellones purpúreos dejan ruborizados a los de Tiro.

»Eres rica de hombres y piedras preciosas, abundante en goberna-dores y hombres de Estado; tan opulenta en la educación de los prín-cipes, como bienaventurada en producirlos. Con razón puso en ti los ojos Roma, la cabeza del orbe; y aunque el valor romano, vencedor, se desposó contigo, al fin el floreciente pueblo de los Godos, des-pués de haber alcanzado muchos trofeos, te arrebató y te amó, y goza de ti lleno de felicidad entre las regias ínfulas y en medio de abundantes riquezas» (1).

Estos párrafos tan exuberantes y que hoy nos parecen exagera-dos son una prueba palmaria del cariño que San Isidoro sentía por España. Aquí están inspirados los elogios que de España hace en el Prólogo de su *Chronicon Mundi* D. Lucas de Túy y aquellas alaban-zas tan conocidas que el Rey Sabio estampó en su *Primera Crónica General*, que llevan por título: *Del loor de Espanna como es com-plida en todos bienes*. Sólo transcribiré lo que sigue, para que se vea la dependencia que los hermosos párrafos de Alfonso X tienen de los más concisos, y no menos hermosos del arzobispo de Sevilla:

(1) MIGNE, PL. tomo 83, col. 1058.

«E a cada una tierra de las del mundo et a cada provincia honró Dios en sennas guisas, et dió su don; mas entre todas las tierras que él honró más, Espanna la del occidente fué; ca a esta abastó él de todas aquellas cosas que omne suel cobdiciar. Ca desde que los godos andidieron por las tierras de la una part et de la otra, provándolas por guerras et por batallas et conquiriendo muchos logares en las provincias de Asia et de Europa, assí como dixiemos, provando muchas moradas en cada logar et catando bien et escogiendo entre todas las tierras del más provechoso logar, fallaron que Espanna era el mejor de todos, et muchol preciaron más que a ninguno de los otros, ca entre todas las tierras del mundo Espanna a una estremança de abondamiento et de bondad más que otra tierra ninguna. Demás es cerrada toda en derredor: dell un cabo de los montes Pirineos que llegan hasta la mar, de la otra parte del mar Occeano, de la otra del Tirreno. Demás es en esta Espanna la Gallia Góthica que es la provincia de Narbona dessouno con las cibdades Rodes, Albia et Beders, que en el tiempo de los godos pertenescién a esta misma provincia. Otrossí en Affrica avie una provincia sennora de diez cibdades que fue llamada Tingintana, que era so el sennorio de los godos assí como todas estas otras. Pues esta Espanna que dezimos tal es como el parrayso de Dios, ca riega se con cinco ríos cabdales que son Ebro, Duero, Taio, Guadalquivil, Guadiana; e cada uno dellos tiene entre sí et ell otro grandes montannas et tierras; e los valles et los llanos son grandes et anchos, et por la bondad de la tierra et ell humor de los ríos llevan muchos fructos et son abondados. Espanna la mayor parte della se riega de arroyos et de fuentes, et nunqual minguan poços cada logar o los a mester. Espanna es abondada de miesses, deleytosa de fructas, viciosa de pescados, sabrosa de leche et de todas las cosas que se della facen; lena de venados et de caça, cubierta de ganados, loçana de cavallos, provechosa de mulos, segura et bastida de castiellos, alegre por buenos vinos, ffolgada de abondamiento de pan; rica de metales, de plomo, de estanno, de argent vivo, de fierro, de arambre, de plata, de oro, de piedras preciosas, de toda manera de piedra mármol, de sales de mar et de salinas de tierra et de sal en pennas, et dotros mineros muchos: azul, almagra, greda, alumbre et otros muchos de quantos se fallan en otras tierras; briosa de sirgo et de quanto se face dél, dulce de miel et de açucar, alumbrada de cera, complida de olio, alegre de açafrán. Espanna

sobre todas es engennosa, atrevuda et mucho esforçada en lid, ligera en affan, leal al sennor, affincada en estudio, palaciana en palabra, complida de todo bien; non a tierra en el mundo que la semeie en abondança, nin se eguale ninguna a ella en fortalezas et pocas a en el mundo tan grandes como ella. Espanna sobre todas es adelantada en grandez et mas que todas preciada por lealdad. ¡Ay Espanna! non a lengua nin engenno que pueda contar tu bien. Sin los ríos cabdales que dixiemos de suso, muchos otros ay que en su cabo entran en la mar non perdiendo el nombre, que son otrossí ríos cabdales, assí como es Minno, que nasce et corre por Gallizia et entra en la mar; e deste río lieva nombre aquella provincia Minnea e muchos otros ríos que a en Gallizia et en Asturias et en Portogal et en ell Andaluzía et en Aragón et en Catalonna et en las otras partidas de Espanna que entran en su cabo en el mar. Otrossí Alvarrezén et Segura que nascen en essa misma sierra de Segura, que es en la provincia de Toledo, et entran en el mar Tirreno, et Mondego en Portogal que non son nombrados aquí. Pues este regno tan noble, tan rico, tan poderoso, tan onrrado, fué derramado et astragado en una arremessa por desabenencia de los de la tierra que tornaron sus espadas en sí mismos unos contra otros, assí como si les minguassen enemigos; et perdieron y todos, ca todas las cibdades de Espanna fueron pressas de los moros et crebantadas et destroydas de mano de sus enemigos» (1).

Un cotejo, aunque sea superficial, de estos párrafos con los de San Isidoro convencerá a cualquiera de que el Rey Sabio no hizo más que glosar y en muchas partes copiar al gran arzobispo de Sevilla.

Los testimonios hasta el presente aducidos demuestran que los dos centros principales de la cultura visigoda fueron Sevilla y Zaragoza. Pero tampoco se quedaron inactivas las otras ciudades. San Quirico, obispo de Barcelona, pide a Tajón sus libros de las Sentencias (2) y a San Ildefonso una exposición mística del Antiguo Testamento (3); y este arzobispo de Toledo saca a luz su hermoso tra-

(1) *Primera Crónica General o sea Estoria de Espanna que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289*; publicada por RAMÓN MENÉDEZ PIDAL. Tomo I. Texto. Madrid, 1906, pág. 310 (Nueva Biblioteca de Autores Españoles).

(2) *Esp. Sagr.* tomo XXIX², pag. 137; tomo XXXI, pag. 171.

(3) *Ibid.* tomo XXIX², pag. 442.

tado sobre la Virgenidad de María, un trabajo profundo sobre el Bautismo y, siguiendo las huellas de San Isidoro, prosigue la historia literaria en sus *Varones ilustres*. A la misma ciudad perteneció San Eugenio, célebre por sus epigramas y epitafios, y por haber arreglado a ruegos del Rey Chindasvinto el Hexamerón de Draconcio (1); y San Julián, que a petición del Rey Ervigio escribió la Demostración de la Sexta Edad y el *Pronóstico del siglo futuro* para el obispo Idalio, de Barcelona (2).

La formación literaria de todos estos varones era principalmente eclesiástica, pero tampoco desconocieron, como sus antepasados, los clásicos latinos, a los que citan en distintas ocasiones.

Por este mismo tiempo vivía en las escarpadas cordilleras cantábricas San Valerio, que escribió la vida de San Fructuoso, varios tratados para los monjes y una preciosa carta a sus hermanos del Vierzo, en que les da noticia de la vida de la virgen gallega Eteria, que realizó un viaje a los Santos Lugares y de la que hemos hablado al principio (3). En su retiro logró formar una biblioteca abundante, que le fué arrebatada por un falso hermano, lamentándolo él amargamente, contando en cambio con gran satisfacción la fidelidad de otro llamado Máximo, al que califica de *librorum Scriptor* (4). De San Fructuoso dice el mismo San Valerio, que habiendo emprendido con otros compañeros una de sus acostumbradas excursiones a la Provincia Bética, para implantar allí el monaquismo, entre los pocos enseres que formaban su hatillo de viaje, los más preciosos eran los códices. Estos se los había dado a un niño que los llevaba en un caballo, pero al pasar un río, la corriente arrastró al caballo con los códices, que por fortuna pudieron ser recuperados (5).

Del clero visigodo salieron también la colección de Concilios Toledoanos, que se nos conserva hoy en la doble redacción de *Epitome e Hispana* (6), La Liturgia visigoda, tan ampulosa y exuberante, de

(1) SS. Patrum Toletanorum quotquot extant opera. Tomus Primus (ed., Lorenzana) Matriti, 1782 pág. 19...

(2) Ibid. Tomus Secundus, Matriti, 1785, pág. 3...

(3) GARCÍA VILLADA, S. J. *La lettre de Valérius aux moines du Vierzo sur la bienheureuse Aetheria (Extrait des Analecta Bollandiana, t. XXIX, Bruxelles, 1910.)*

(4) *España Sagrada*, tomo 16, 1762, pág. 393.

(5) Ibid. tomo 15, 1759, pág. 458.

(6) MAASEN FEDERICO, *Geschichte der Quellen und Literatur des canonischen Rechtes*. Vol. I. Gratz, 1871, págs. 642-721.

la que se han publicado hasta el presente el Breviario (1), el Misal (2), el Oracional (3), el Leccionario o Liber Comicus (4), el Liber Ordinum (5), y el Liber Mozarabicus Sacramentorum (6), obras todas que hay que rehacer de nuevo críticamente, a excepción de las dos últimas; además aun está inédito el Antifonario, del que se guarda un precioso manuscrito en el Archivo de la Catedral de León, copiado por Arias el año 1069, sobre un códice del tiempo del Rey Wamba, del año 662 (7). En este tiempo finalmente se formó la escritura visigoda, derivada de la cursiva romana, que duró en España hasta que fué substituida por la francesa en el siglo XI.

Estos datos, aquí reunidos, son una prueba fehaciente del afán con que aquellos hombres trabajaron por conservar la cultura del mundo antiguo y ensancharla más y más en la medida de sus fuerzas. No sólo transcribieron las obras de los clásicos y autores eclesiásticos, sino que las aprovecharon en sus trabajos, procuraron además producir otras nuevas, y algunas de ellas, como las Etimologías de San Isidoro, sirvieron de texto a nacionales y extranjeros para aprender cuanto entonces se sabía. Podemos, por lo tanto, afirmar que el clero visigodo español ha contribuido, como pocos, a la conservación y propagación de la cultura literaria durante la Edad Media. Si por otra parte nos fijamos en aquel intercambio epistolar tan frecuente y tan lleno de noticias bibliográficas, deduciremos que ese amor a la ciencia no era una cosa forzada, sino algo espontáneo y como connatural a aquellos esclarecidos varones.

Z. GARCÍA VILLADA.

(1) Ed. LORENZANA, Roma, 1775.

(2) Ed. AREÁVALO, Roma, 1804.

(3) Ed. BIANCHINI, 17.I.

(4) Ed. MORIN, París, 1893.

(5) Ed. FÉROTIN, París, 1904.

(6) Ed. FÉROTIN, París, 1912.

(7) GARCÍA VILLADA. S. I. Catálogo de los códices y documentos de la Catedral de León.—Madrid, 1919, pág. 38, núm. 8.

